



# Naturaleza y ciudad en la educación ambiental

FELIPE ÁNGEL

La educación ambiental es una fecunda manera de amar los ritmos. Saber último de cualquier saber, amar los ritmos fertiliza los caminos, tanto individuales como colectivos. Entonces, a través de la educación ambiental nos acercamos a lo cotidiano porque permite descifrar aquello en torno a lo cual se reúne la amplitud de los lapsos. Dentro de ese ir hacia y hasta el ritmo del día, dentro de ese sentirse y estar plenamente impregnados de esta época que llamarán nuestros días, la educación ambiental nos abrió los párpados, nos sacudió los ojos y dirigió los vericuetos gnoseológicos además de los paisajes anímicos de nuestras vidas. ¿Por qué? Porque nos obligó a pensar de nuevo las cuitas de este duro, contradictorio, único y esplendoroso mundo. La piel trajo la intuición y la intuición las preguntas. Las respuestas son el camino navegable a nuestra íntima Ítaca personal. Navegamos como Odiseo. Es decir, sobre el oleaje de la piel individual de cada uno de nosotros como aquélla o aquél que se construye barco impulsado por vientos colectivos. Nos urge vivir a plenitud. De ahí el carácter irredimible de nuestra vocación de educadores ambientales.

No debemos rechazar la pregunta general que allí reside: ¿por qué no coincide nuestra vivencia personal con las respuestas que recibimos de nuestra época? Respuestas en los diversos ámbitos de la vida y, por ende, en los diferentes saberes que los humanos hemos construido para decidir qué hacer ante el viento, ante el frío, ante las ganas de comer o de abrigarse, ante la sexualidad, ante la sensación de que nadie ha visto nuestros pensamientos del modo en que se deben ver, ante los árboles, ante la amistad o su contrario, ante la compasión, ante la pasión o ante la implacable neutralidad del sabor del agua; es decir, ante el pleno, específico y personal hecho vivencial. Así, desde la vida cotidiana, desde la vivencia compleja que es responder a los íntimos cuestionamientos o afirmaciones, la educación ambiental nos ha llevado de paseo por la historia, por la ética, por la filosofía, por la medicina, por la literatura, por la antropología, por la química, por el mito, por la física, por la ecología *et similia*. Aunque me dé pena, como me da, expresarlo con franqueza, es mi deber. Estas palabras liminares desean reconocer el ímpetu de la educación ambiental latinoamericana. Cierto. Pero su intención es otra.

¿Cuál? Reconocernos, volvernos a mirar a fondo, en la felicidad de encontrar de nuevo, gracias a la educación ambiental, otra pregunta básica. Pregunta que, quizás, resuma las preguntas a las cuales, hasta ahora, hemos dedicado nuestra atención. Ésta es esa pregunta básica: ¿Ciudad?, ¿qué es eso? La educación ambiental pregunta por su lugar dentro de la ciudad. Educación ambiental y ciudad convocan nuestra mutuamente múltiple presencia aquí y en este momento. Quizá sea conveniente buscar el fondo del asunto. ¿Cuál es el fondo de un asunto, de cualquier asunto? ¿Cómo se determina? ¿Es ello posible? Gran parte del juego epistemológico actual cabe en esas tres preguntas. Para las corrientes radicales del pensamiento posmoderno es imposible determinar el fondo de un asunto. Equivaldría a construir un metarrelato, supondría aceptar que hay algo más importante que lo demás, implicaría abandonar la perspectiva individual de entender el mundo, conllevaría aceptar que no todo es incertidumbre. No están dispuestos a ello, a fuer de convertirse en una vanguardia más de la Modernidad. Ya algunos conocen mi alejamiento tanto de la genérica postura de la Modernidad como del pensamiento posmoderno. Ésas son las respuestas que otorga lo exhausto de la época. Las mismas que dejan nuestros sentimientos mudos. Por ello el pensamiento ambiental es una búsqueda de nuestra propia vivencia. Es adquirir un ritmo de vida, ritmo específico, ritmo que recibimos de nuestro proceso personal. Todo ambientalista, para serlo, se ha enfrentado, en primer lugar, a sí mismo. El ambientalismo es un proceso de transformación de personas concretas o es una simple moda.

Digo que el fondo del asunto que nos convoca puede empezar a dilucidarse así: ¿es la ciudad parte de la naturaleza? Pensémoslo. Si la ciudad no es parte de la naturaleza, entonces la manera en la cual la educación ambiental ha de afrontar la conquista de su identidad urbana resulta muy distinta de aquella otra basada en la hipótesis contraria, o sea que la ciudad es parte integral de la naturaleza. Ahora bien, yo tengo un inconveniente con la perspectiva que niega que la ciudad sea una parte de la naturaleza. Cuando se acepta que la ciudad no es parte de la naturaleza, no queda más que declarar su carácter sobrenatural. Si no es natural, ha de ser sobrenatural. Al menos yo no he de tomar el sendero sobrenatural para enternecer mi fruición ni para comenzar mi análisis respecto de la ciudad. Por lo tanto, me encuentro como quien va contravía en una autopista. Percibo que las señales de la época

---

El autor, filósofo y autor de –entre otros– los libros *El método de Jacques. Una historia ambiental de las ciencias* y *Lo Humano de lo humano*, es profesor en la Universidad Autónoma de Occidente, en Cali, Colombia.

indican que la naturaleza se reduce a las mandarinas y a los tomates, a los pastos y a las aguas, a los leones y a los tsunamis, pero no a lo humano ni a lo construido por lo humano.

Siendo que prefiero agotar la hipótesis de que la ciudad es parte de la naturaleza antes de investigar la contraria, no soy ajeno al recuerdo de cómo desde la filosofía, desde la historia, desde la educación, desde la ciencia o desde la ética, en fin, desde el arte, hemos comprendido las raíces profundas y los frutos agrios de considerar lo humano por fuera de la naturaleza. Hace dos años largos (en Embalse, durante el I Congreso de Educación Ambiental y Desarrollo Sustentable de la República Argentina) expresé cómo desde Kant la Modernidad tajó el proceso evolutivo en sustancias mutuamente aisladas, dejando a un lado el ecosistema y, al otro, lo humano. Naturaleza pasó a ser exclusivamente lo ecosistémico. Lo humano dejó de ser parte de la naturaleza.

Esto, sin embargo, maneja matices. El organismo individual humano, el cuerpo, se acepta más fácilmente como una parte de la naturaleza, tanto por quienes confiamos en los resultados de la ciencia -por ejemplo el develamiento del genoma humano-, como por aquéllos que, con tácita aprobación, toman un remedio desarrollado mediante un experimento con otros mamíferos, conejos, chimpancés, ratones, etcétera. Confían en que su cuerpo reacciona igual al de los otros mamíferos. Hasta ese punto hemos avanzado. Las otras partes de lo humano el *Pathos* de nuestra época las expulsó de la naturaleza. Lo construido físicamente por los humanos, lapiceros, ventiladores, estufas, acueductos, pirámides o barcos, ni siquiera se nos ocurre preguntar si son parte de la naturaleza. Peor aun con la ciudad, puesto que es el máximo logro de los últimos siete mil años. La libertad, ¿es parte de la naturaleza? El pensamiento, ¿es parte de la naturaleza? Enseñémonos a nosotros mismos estas preguntas. Tal vez sea la manera de encontrar la respuesta en la cara de nuestros educandos.

Quise dotar de un horizonte a la pregunta básica: ¿Ciudad?, ¿qué es eso? Un camino metodológico al preguntar si la ciudad es parte, o no, de la naturaleza. Un horizonte, al menos un trazo de él, que permita ya no ver sino intuir la lejanía que los siglos han impuesto entre la “naturaleza” y la ciudad. Quizá hoy en día no exista algo que se considere más alejado de la “naturaleza” que la ciudad. Es más, se toman como antagónicas. Debemos realizar la educación ambiental urbana en unas condiciones en las cuales, incluso, decimos coloquialmente que, cuando salimos de la ciudad, entramos en contacto con la “naturaleza”. ¿Cuántos fines de semana hemos dicho: “vamos a la playa” o “vamos al río” o “vamos al campo” “para estar cerca de la naturaleza”? Para nuestra época, salir de la ciudad supone entrar en la naturaleza y entrar en la ciudad implica salir de la naturaleza. Lo trágico de esta época es que no sabemos que llevamos la naturaleza allá adonde vamos, que la naturaleza está donde estamos, porque somos naturaleza.

Cambiar esa manera de estar en el mundo es el reto de la educación ambiental urbana. Sin este paso la completa y real, vivencialmente íntima, pertenencia de lo humano a la naturaleza será nuestra utopía pero no nuestro lugar, nuestra esperanza pero no nuestro día. Así que la educación ambiental urbana no contrae un compromiso solamente con los educadores y educadoras ambientales urbanos, sino que es un lugar de encuentro de todo el movimiento ambiental.

En Mesopotamia y Europa la última ciudad ambiental fue Creta, 1.500 años antes de nuestra era. En América, Tenochtitlán, 1.500 años después de Jesús. Ahora bien, en el sentido metodológico la ciudad, vivir en ella, ser ciudadano, es la causa, no la consecuencia. Hoy en día la ciudad moldea lo humano. La filosofía, el arte, el mito, las actitudes no por compartidas menos individuales, la ciencia, los imaginarios colectivos, se moldean a partir de la experiencia urbana, no al revés. Igual la plataforma tecnológica y lo mismo la organización social. El saber ambiental, todo él; la actitud ambiental, toda ella; se enfrentan a su más potente, oculto y ceremonioso contrapeso cuando en la ciudad posan lo renovador que habita en sus ojos y que su actuar destila.

Lo ciudadano conlleva ritmos alejados de los ritmos del ecosistema. Ambos ritmos son parte de la naturaleza. También los ciclos biogeoquímicos se rigen por un ritmo distinto del de las mariposas. La flora posee un ritmo diferente del de la fauna. Entonces, ¿por qué nos sorprendemos de que lo ciudadano viva en un ritmo distinto? En la naturaleza cohabitan manadas de multiplicidades, cada una de las cuales camina a su paso. Desde las ardillas hasta las arañas, desde los secuoyas de 2.000 años hasta la flor del baile, que en mi Valle del Cauca nace, vive y muere en una misma noche; desde la placidez de las tortugas galápagos hasta la prisa de un conductor de bus urbano. Pero los ritmos de las ardillas o arañas, de los secuoyas o de la flor del baile, de las tortugas galápagos o del conductor de bus urbano, no están dados por ellos mismos. En la naturaleza nada va por su lado, nada está aislado. La individualidad no es el origen de lo diverso; es su resumen.

He mencionado la pertinencia de dos ritmos fundacionales, el ritmo ecosistémico y el ritmo humano. Esto se debe a que durante millones de años el ecosistema funcionó solo puesto que los humanos todavía no estábamos presentes. Funcionaba, hasta hace cinco millones de años, como un sistema. Ese sistema, ese ritmo, lo interrumpió la presencia humana en la Madre Tierra. Interrupción que llamamos inundación o deslizamiento de tierras o contaminación de aguas o agotamiento de la biodiversidad. Es decir, problemas ambientales. Se trata, pues, de dos maneras de ritmar el funcionamiento de las cosas de este mundo. La una, el ecosistema, la otra, lo humano.

Ahora bien, ¿en qué son distintos estos dos ritmos? El ciudadano sacia su sed sin buscar el agua, su ánimo sin amarla y su ética sin respetarla. El agua, digo, pero vale para la flora y la fauna, el cobre y el petróleo, los ladrillos y las escaleras. ¿Por qué? Están domesticados. Comencemos por aceptar ese hecho. Hoy en día, en su gran mayoría, ni el agua ni los metales ni la flora ni la fauna ritman sus acciones bajo su propia ley. Sus ritmos son los que la domesticación humana genera. El agua, la flora y la fauna, la arcilla de los ladrillos, la madera de la escalera vienen hacia el ciudadano cuando él lo desea. Le llegan transformados por la cultura. Lo denominamos domesticación. Sin esta noción de domesticación difícilmente podremos hacer educación ambiental urbana. El agua en electricidad, la flora en azúcar o café, la fauna en un sabroso trozo de punta de anca, la arcilla en ladrillo y los árboles en escalera o escritorio. Al ciudadano le son presencias ajenas, salvo transformadas, salvo domesticadas. Presencias que en su estado ecosistémico no necesita conocer, no procura intuir, ni siquiera se le ocurre sentir cariño por ellas. El agua, la flora, la fauna, la madera, los metales, es decir, el ecosistema en su funcionamiento no intervenido por lo humano, hace miles de años es un exiliado de la ciudad.

Es grande la emoción que se pierde. El agua es el útero de lo diverso, tanto de la biodiversidad como de las otredades culturales. Es precario concebirla solo como la electricidad con la cual usamos el televisor o el computador. Sandías, frijoles y zanahorias reposan en la plaza de mercado con el rostro trivial de lo exento de la causalidad, como un conejo recién sacado del sombrero por el mago. Las aves que ingerimos no conocen más comida que la fabricada por mano humana. Conducido por el poderoso imperio de la costumbre, el ciudadano compra las mismas cinco o seis variedades, tanto de flora como de fauna, que aprendió a saborear en su infancia o en su adultez gastronómica. No disfrutamos de la biodiversidad o de las otredades culturales ni siquiera en la gastronomía.

Cuando la humanidad abandonó el nomadismo y adoptó el sedentarismo, es decir cuando construimos ciudades, no solo cambió el recorrido cotidiano con el cual llenamos las horas sino que, debido a ello, igualmente cambió la plataforma tecnológica, la manera de organizarnos socialmente y la forma de concebir el mundo. Los dioses urbanos, Marduk por ejemplo, asesinaron a los dioses de la selva, a Tiamat por ejemplo. Nacieron las camas, los armarios y las mesitas de noche. Acudieron a su cita con la fiesta de las presencias tanto los martillos como los ladrillos, la rueda como los acueductos. Se cobraron impuestos por primera vez pues por vez primera el estado apareció como organización social.

Estas enormes transformaciones, aquí apenas mencionadas, se realizaron sobre la pauta de negar la validez de la vida nómada. Los nómadas aprendían sobre las especies venenosas de la diversa flora, sobre las costumbres de los diferentes animales, los ritmos del agua y su ubicación, las vetas del buen sílex, el pentagrama pluvial de las nubes. Las flechas, las hachas, los ritos, los mitos, la educación, el lugar y función social de cada cual, todo ello en el nomadismo estaba imbricado con los ritmos del ecosistema. Era indispensable ir por ellos. La ciudad rechazó esa manera de vivir. La nueva estrategia adaptativa, la sedentaria, ridiculizó la anterior, la nómada. El ejercicio consistió en simplificar. La diversidad de las especies de flora quedó reducida a unas pocas. Lo llamamos agricultura. La diversidad de la flora comenzó a denominarse “maleza”, puesto que en el sembradío de lentejas o de caña de azúcar o de soja sobra el breve retoño del tomate. El principio de Gauss señala cómo cada especie de flora tiene un único comensal entre la multitud de especies de fauna. Por ende, una única especie de flora genera una única especie de fauna. Le dicen “plaga”. En el ecosistema jamás ha habido una “plaga”, precisamente porque hay “maleza”. La amplia fauna, tras la aparición de la agricultura, también se redujo a cinco o seis especies domesticadas y a las “plagas”. Los ríos empezaron a cambiar la transparencia del agua a medida que los humanos fuimos modificando su cauce para llevarlos a las ciudades y a los campos curtidos o agotados por una sola especie de flora.

El lobo, como buen carnívoro, respetuoso de su lugar en la cadena trófica, fue tenido por “lobito malo”, puesto que amenaza a los herbívoros domesticados, las ovejas, las vacas o las gallinas. ¿Qué querían que hiciera un carnívoro? Como educadores y educadoras ambientales flaco favor hacemos a nuestro empeño cuando ignoramos que no solo ya buena parte de la filosofía, de la historia o de la ética sino que, incluso, los cuentos infantiles urbanos están contruidos contra el funcionamiento del ecosistema. Son gnoseologías sustentadoras de la domesticación. Hansel y Gretel se pierden en la selva. ¿Por qué se pierden? La educación ambiental no puede eludir esa respuesta. Ya sabemos muy bien, y a qué costo, que solamente las respuestas son ineludibles. En el pensamiento ambiental las preguntas sugieren esquemas direccionales. O sea, indicaciones hacia dónde dirigirse. Por el contrario, las respuestas son la tienda del día, el sentido de la plenitud en aquella repetible tarde, en aquel beso por sutil profundo, en aquella fruición vivificante que nos llevó a saborear la amplitud anímica de lo ciudadano. Hansel y Gretel se pierden en la selva porque es aquella parte de la Madre Tierra que no solamente dejaron de enseñarles sino a la cual los indujeron a tenerle miedo. Desde la infancia, el ecosistema no intervenido se nos presenta como algo extraño. Por ende, cuando así educados, nos sentimos unos seres extraños en esta Madre Tierra.

En América Latina el período de la Colonia fue nefasto en este sentido: los centros urbanos eran dominados por los españoles y el resto del territorio por nuestros pueblos originarios. Por ende, desde la más tierna edad el infante

urbano latinoamericano aprendió a aborrecer el ecosistema no intervenido y a amar la ciudad. No olvidemos que los infantes de los pueblos originarios aprendían lo contrario. Desandar ese camino dentro del cual el sedentarismo se conminó a pensarse, a sentirse, a celebrarse centrado en el casco urbano, nos llevará a retornar a la Madre Tierra de la mano de la educación ambiental.

No se trata de renegar de la ciudad sino de habitarla. Habitar significa aprender a notar la emoción contenida al caminar por la misma vieja calle, entender la urbe como una parte más de la naturaleza pero no del ecosistema, racionalizar la dura dosis de domesticación, apropiarse del día, dejar de ser un turista dentro de las vivencias concretas de uno mismo en esta Madre Tierra; sí, claro. Pero, ante todo, habitar la ciudad significa situarse dentro del mundo. ¿Por qué estoy aquí, viviendo esto, caminando por la misma calle hacia mi casa? ¿Me alienta el apetito, la noble almohada y la profunda cobija o el esquivar la lluvia? ¿Me alienta llegar adonde mis seres más cercanos? ¿Me alienta el gesto del espejo de mi habitación, ya cansado de reflejar mi figura? ¿Qué es habitar la ciudad si no significa darme la licencia de ser yo mismo? ¿Es mi mundo interior un extraño en la Madre Tierra? Sé que no es así pero es difícil dejar de sentirme así. Sin habitar la ciudad será poco probable que, quienes en ella transcurrimos los minutos que somos, podamos realmente residir en nuestro propio y personal mundo interior. La eficacia de las soluciones ambientales a las problemáticas urbanas pasa por una genuina, es decir emocionada y razonada, reconciliación con lo que es, con lo que implica y con lo que significa la ciudad. Su validez de naturaleza. No somos unos extraños en esta esfera azul, aunque con tan ardiente seso y pasión durante tantos siglos nos hayamos empeñado en serlo. La ciudad es construcción humana y, por ende, también parte integral de la naturaleza.

Entonces, no se trata de renegar de la ciudad sino de habitarla. La ciudad es ya blanco de suficientes vilipendios tanto por parte del sobrenaturalismo de las ciencias sociales, incluidos mito y filosofía, como, igualmente, por parte del reduccionismo de las ciencias naturales. Para este último la ciudad es una infección que supura en el cuerpo de la biosfera. El ecologismo conservacionista alza su nimio dedo para falsamente acusar al ciudadano de “depredador”. La educación ambiental basada exclusivamente en las ciencias naturales no pasa de ser una propuesta estupenda para el nomadismo pero hueca para el sedentarismo. Para aquel otro análisis, el sobrenaturalismo, la ciudad resulta un artificio por fuera de la naturaleza.

El ambientalismo no debe dejar de lado la perspectiva de que la ciudad constituye parte integral de la naturaleza porque lo humano, por derecho propio, pertenece a la evolución al igual que las piedras, las montañas, las mariposas, las aves, los reptiles, las ballenas, los grandes simios o los huracanes. Establecido este punto, se presenta ante nuestros ojos un horizonte de perspectivas dentro del cual el peso voraz de la necesidad abre su aurora para determinar una tarea a los educadores y educadoras ambientales. ¿Cuál? La de enfrentar ambientalmente los problemas urbanos. Como quien confía que hoy estamos aquí, como quien sabe que por lo menos hay una certeza y es que aquí estamos y no en otro lugar, asimismo sepamos bien que reconciliarnos con la ciudad, que hacerla parte de lo que es, o sea parte de la naturaleza, no constituye anteojera ideológica ninguna que nos impida ver las procaces problemáticas urbanas. Reconciliarnos con la ciudad no significa idealizarla ni avalar la ridícula ferocidad entrópica de las megalópolis actuales. Por el contrario, este paso cruza la frontera entre lo inane o eficaz de la fortuna de nuestra labor educadora. Mientras sigamos considerando la ciudad como algo extraño dentro de la naturaleza, como algo por fuera de la evolución, la educación ambiental no será urbana. ¿Cómo reconciliarnos con el ritmo ecosistémico si no nos consideramos parte de la naturaleza?

Consideremos esto: ¿qué significa que la educación ambiental no haya sido ni sea urbana?, ¿cuántos de nuestros educandos son urbanos?, ¿en qué clase de sistema adaptativo vivimos? Enseñar es haber aprendido con anterioridad. Entonces me pregunto a mí mismo si comprendo realmente qué es una ciudad. Quizás y ojalá algunas y algunos de ustedes se permitan tales candor y dureza. El que podamos enseñar a nuestros educandos lo que el saber ambiental tiene para decir sobre la ciudad, el que lo aprendan, depende de ese candor y de esa dureza. Digo yo que es conveniente no responder inmediatamente. La rapidez es bastarda ilusión de posibilidad.

Durante los próximos años, décadas tal vez, los saberes ambientales se enfocarán en descifrar la ciudad. Es un proceso que comenzamos. Su generosidad temática, como una cebolla desvestida poco a poco, cubrirá un lapso más amplio que aquel correspondiente a mi generación. Así, pues, no veremos lo abarcable de esa inmensa telaraña argumental. La finalidad de nuestro proceso educativo urbano consiste en que los educandos aprendan a sentirse parte integral de la naturaleza al habitar la ciudad. La única manera de habitarla a nosotros mismos al habitar la ciudad es sabiendo que, más que una extraña, ella es parte de la naturaleza.

**M**i deliciosa modestia y mi escaso seso me impiden, no en grado leve, enunciar un territorio inicial del diálogo de saberes respecto de la ciudad. De cualquier forma, lo intento. Quizás alguien saque provecho de ello.

Primero, el ser humano pertenece a la evolución. Por ende, la ciudad, al ser producto antrópico, es parte integral de la naturaleza. Tan natural es un carro como una ballena, el pasto de un estadio de fútbol como las graderías. En la Madre Tierra cohabitan varios ritmos, que no son cosa distinta a fases de la complejización de la energía. Lo

llamamos evolución. Si enseñamos la evolución debemos puntualizar a nuestros educandos que la ciudad es una parte de la evolución.

Segundo, el sedentarismo es una de las dos estrategias adaptativas básicas de la humanidad. La otra, el nomadismo. Tanto el mundo simbólico nómada como su plataforma tecnológica y su organización social se construyeron siguiendo el ritmo del ecosistema. Por ende, se respetaba el ritmo ecosistémico, aunque se le alterara. El sedentarismo, desde Grecia hasta nuestros días, está edificado sobre la base de que el ecosistema es un gran almacén del cual hay que extraer mercancías. Por lo tanto, durante siglos para el ritmo del ecosistema no existió ética ni filosofía ni mito ni legislación. Las generaciones futuras reconocerán que el movimiento ambiental actual, comenzado en la década de 1970, logró incrustar el saber ambiental en la conciencia colectiva.

Tercero, la ciudad es causa y no efecto. Causa plural, por ponerlo así. O sea, causa de muchos caminos. Es causa de la diversidad de las maneras de concebir el mundo, tanto urbanas como rurales. Rural, acoto, porque en el



México, D.F.

Alfredo Huerta

campo se siembra, se extrae metal, energía fósil, se cambia el ritmo y el cauce de las aguas, etcétera, de acuerdo a las necesidades urbanas. El mundo simbólico causado por un puerto no puede ser el mismo que el de una urbe situada en los Andes. La metafísica, por ejemplo, es imposible dentro del nomadismo. Es la hija mayor del sedentarismo. La ética, un ejemplo más, desde Platón pasando por Kant, Husserl y Heidegger, tiene un ámbito exclusivamente humano, que se le niega al ecosistema. La ciudad es causa, igualmente, de la plataforma tecnológica que nos acompaña. Incluso un tractor que ara es un hijo de la ciudad. La agricultura intensiva es una imposición urbana al mundo rural. Y es la ciudad, por último, causa del tipo de organización social vigente. El estado o su embrión, la familia, y la ciudad son las dos caras de la misma hoja.

Cuarto, para vivir como sedentarios hemos domesticado gran parte del biotopo y del bioma. En los últimos 200 años, una manera específica de domesticación agotó, y en ocasiones devastó, el ecosistema. Hoy su resiliencia, o sea la capacidad de supervivencia del ecosistema como funciona-miento sistémico, replica con diversas *Némesis*, lucha por no morir, y lo llamamos problemas ambientales, desastres o catástrofes.

Quinto, la ciudad no necesariamente deviene depredadora. Habitar la ciudad, tomado esto en el sentido aquí propuesto, implica llegar a una ciudad sustentable. Sentirse parte de la naturaleza conlleva respetarla, conocerla, acercarse a ella. Si fuéramos unos extraños en la Madre Tierra podríamos vivir sin el ecosistema. Como no somos extraños en la Pacha Mama los humanos no sobreviviremos solos, sin agua ni minerales, sin oxígeno ni flora, sin fauna ni temperatura adecuada.

Una palabra final, una desnudez última, para despojar de la ropa la intención circular de estas reflexiones: la construcción de una sociedad ambiental tiene un camino: encontrarnos con lo que somos, naturaleza.

